



Carlos Rozas L. - Alfonso Escudero - Olga Acevedo

Por Luis Merino Reyes

CARLOS ROZAS LARRAIN

Hace unos pocos años, nadie sabía de Carlos Rozas como escritor. Recuerdo que un amigo relacionado con sus afectos, me habló de él y pensé como siempre en un escritor más, alguien que buscaba la suprema aristocracia del arte que tantos anhelan atraídos por sus apariencias. Después se nos dijo que Rozas era muy amigo de Neruda, vecino suyo en Isla Negra, que había hecho pugilismo en su juventud y que en esas fiestas con disfraces, organizadas cada cierto tiempo por Neruda, entre sus íntimos y aquellos que anhelan serlo, había llegado disfrazado de cosaco, cubierta su cabeza ya no muy poblada de ornamentos filosos, con un raro gorro de piel. Pero es claro que todo aquello no era suficiente y no pasaba más allá de las informaciones dulces, gratas o amargas que corren por entre los corrillos literarios. Fue necesario que Carlos Rozas publicara sus primeros libros, aquellos que se anunciaban, antes de estar impresos, con la atmósfera de su diferenciada personalidad, para que supiéramos, conforme a nuestro propio sistema de pesos y medidas, quién era él.

Aquello empezó con *Isla negra* un bello tomo de cuentos, con una portada debida a la mano del mismo autor y unos cogollos finales, como las payas de los poetas primitivos, vale decir de los poetas nacidos para cantar, y todo lo que se decía de Carlos Rozas resultó justo y todavía, a pesar de sus entusiasmas partidarios, un poco exiguo.

Había un gran narrador en Carlos Rozas, un hombre que no se había incubado entre los libros, como una polilla literaria, más apropiada para la glosa alambicada que para la creación pura; que contaba algo de lo que la vida y los hombres le habían enseñado, más allá de la sensualidad que a todos nos atañe

y que sólo según algunos, el norteamericano Henry Miller, entre ellos, es el nervio impulsor de la existencia.

Nosotros, cuando leímos *Isla negra* no titubeamos en ligar a Carlos Rozas con un gran nombre de la literatura universal, con el sueco Juan Augusto Strinberg, autor de una dolorosa producción teatral, espíritu atormentado cuya dolencia puede seguirse por sus obras, pero además gran cuentista, narrador de escenas de pescadores y campesinos nórdicos que no pueden olvidarse. Eso sí y hay que dejarlo en claro, que Carlos Rozas no era un hombre de complicaciones interiores a la vista, era más bien alguien detenido en la edad de la aventura, del cambio del interés por seres y cosas que podían estar por debajo de su ánimo fraternal y generoso.

A *Isla negra* de Carlos Rozas, siguió *Campana vieja*, trozo de vida campestre en la mejor cuerda de Mariano Latorre, y *Barca negra*, premiado en el concurso Hispanoamericano de Cuentos, de la revista "Life" en español, entre más de 3.500 cuentistas de toda Sudamérica, lo que impelió a ciertos polemistas a preguntarse cómo los miembros del jurado pudieron leer tanto en un tiempo inferior, por cierto, a 55 años.

La fama de Carlos Rozas estaba, como puede suponerse, asentada. El hombre de quien escribimos era de raza vieja y no se conformaba con asomar el pie sin afirmarlo hasta sentirse bien estable.

El antiguo diputado del Partido Conservador, expulsado en su oportunidad de sus filas, el buen amigo y excursionista, el varón fino y rubio, sonriente, pero diestro en el manejo de los puños si se trataba del deporte caballeroso o de la defensa propia, ha fallecido en estos días.

Se fue muy silenciosamente, desde el balneario de Reñaca; su funeral tuvo un carácter íntimo sin anuncios ni discurs-

OCCIDENTE NO. 221.

23

SANTIAGO. OCTUBRE DE 1970.

C. Rozas L., Alfonso Escudero, Olga Acevedo [artículo] Luis Merino Reyes.

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

C. Rozas L., Alfonso Escudero, Olga Acevedo [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile